

UN CONFLICTO QUE COLEA

El jueves día 4, los trabajadores de algunas naves de la Michelin de Lasarte, concretamente de la O-2, pararon de nuevo, en petición de la readmisión de los obreros que aún no han sido llamados por la empresa. Al día siguiente el paro afectó al taller O-1, y el lunes, al servicio R; es decir, en total, los tres talleres más importantes de la producción. La empresa, por lo visto, ha prometido que serán llamados todos, aunque cuando escribimos estas líneas todavía quedan unos 35 (aparte de los 22 despedidos definitivamente) que no han recibido la carta, entre ellos 10 empleados. No obstante, de los 100 delegados que se habían elegido durante la huelga en los diferentes talleres y secciones, la mayoría ya se encuentran trabajando, si bien una parte importante de los 35 son precisamente delegados de sección. El domingo 6 la Junta Sindical había conseguido autorización para celebrar una asamblea general de fábrica. A ella asistieron, a pesar del espléndido día que hizo en Lasarte, 2.000 trabajadores en un ambiente de gran entusiasmo. En esta asamblea, considerada decisiva por los trabajadores, para retomar la iniciativa, se acordó el paro del lunes, una recogida masiva de firmas pidiendo la reincorporación de los despedidos, y acciones tales como salir de la empresa con el buzo puesto. Con estos acontecimientos del fin de semana anterior, el conflicto de la Michelin entró en una nueva fase algo más favorable para los trabajadores. Mientras antes las asambleas tenían que celebrarse en el monte debido a la prohibición de realizar concentraciones y los trabajadores se habían manifestado por las calles de San Sebastián a la salida del Sindicato, la asamblea legal de la semana posterior había sido un éxito importante.

En otro sentido, los 24 miembros de la Junta Sindical interpusieron ante el Juzgado de guardia una denuncia contra los directores de la Safen-Michelin por presuntos delitos de amenazas, coacciones contra la libertad y seguridad en el trabajo y por supuesta peligrosidad social. La empresa ha reaccionado contra estas nuevas acciones llamando a los enlaces sindicales y planteándoles que si los trabajado-

res continuaban en la misma actitud tomarían la misma posición que la Firestone de Santander, es decir, cerrando la fábrica.

MANIFESTACION DE ENSEÑANZA

Encabezado por el decano del Colegio de Doctores y Licenciados, don Eloy Terrón, y acompañado de

Nicolás Sartorius

unas 80 firmas de representantes de la Enseñanza privada, de EGB estatal, PNN estatales, asociaciones de vecinos, amas de casa y padres de alumnos, se ha entregado en el Ministerio de la Gobernación un escrito solicitando permiso para una manifestación pública para el

21 de junio en la Gran Vía. En el aludido permiso se especifica que el motivo de tal marcha es expresar ante la opinión pública y la Administración las reivindicaciones fundamentales que unen a los solicitantes y que se resumen, entre otras, en la necesidad urgente de puestos escolares públicos y gratuitos, prohibición expresa del cobro de permanencias, salarios justos para todos los trabajadores de enseñanza, readmisión de todos

los despedidos con motivo de la última huelga desarrollada en la Enseñanza privada, gestión democrática de los centros, reconociendo el papel trascendental de padres, trabajadores y alumnos en la planificación pedagógica de los mismos, promulgación de normas que ha-

gan efectivo el derecho de los padres a constituir asociaciones, cese de las injerencias y trabas actuales en las asociaciones de vecinos y derogación inmediata de las normas legales vigentes en materia de selectividad en todos los niveles educativos. La manifestación, que arrancarían de la plaza de España y recorrería la avenida de José Antonio, acera de la derecha, plaza del Callao hasta la confluencia de José Antonio con Alcalá, tendría una duración prevista de una hora y los únicos "slogans" utilizados serían: "enseñanza gratuita", "escuela pública", "puestos escolares", "salarios justos", "no a los despedidos" y "gestión democrática de los centros". Según los organizadores, el motivo de haber solicitado este permiso es que "la situación caótica" de la enseñanza se agrava día a día, los problemas sin resolver se acumulan y el desconcierto de los

LA HUELGA DE LOS MAQUINISTAS

CUANDO, tiempo atrás, se produjo la huelga de los actores, toda la prensa le concedió especial atención. Ciertamente la solidaridad de los actores rompía la imagen competitiva de la profesión e introducía espectacularmente, por la popularidad de sus protagonistas, una figura, la huelga, largo tiempo desterrada del vocabulario nacional. Ciertamente de entonces a hoy se han producido suficientes huelgas en Madrid —algunas tan resonantes como la de los taxistas y los empleados del Metro— para que este nuevo cierre de los teatros, creado por las reivindicaciones de los maquinistas, no alcance la misma proyección sobre la opinión pública. Además, las fechas comienzan a no ser "teatrales", lo que entraña, paradójicamente, y al margen de los perjuicios generales que conlleva el cierre de las salas, que el único estreno obstaculizado por la huelga haya sido el de "La niña Piedad", de Homégenes Sanz, que debía presentar la Compañía de María Paz Ballesteros, bajo la dirección de Vicente Sainz de la Peña. Nombres todos ellos encuadrados en las líneas combativas de nuestra vida teatral y víctimas ahora —tras el esfuerzo que supone preparar un estreno y conseguir un teatro— de las reivindicaciones de otro sector. La suspensión del recital de Luis Cilia en el Monumental, cantante vinculado a la revolución portuguesa, inútilmente dispuesto a ceder su parte a los huelguistas, podría ser otro ejemplo de esta momentánea contradicción entre los intereses económicos y los intereses políticos de un sector. Como en toda huelga, el punto de

partida no ha hecho otra cosa que ensancharse. En principio, la reivindicación sólo era de los maquinistas y de carácter económico. Pero algún empresario de sala de fiestas pensó que era una buena oportunidad para despedir a los maquinistas molestos. Se añadió, entonces, la "readmisión" de los despedidos al capítulo de las reivindicaciones económicas. La asamblea —para que se cumpliera el mecanicismo habitual en todos sus puntos— desautorizó a los vocales sindicales, a los que sumó otros negociadores, semejantes a quienes en el conflicto actoral formaron la Comisión de los Once. La solidaridad de otros trabajadores —por ejemplo, los acomodadores— no ha hecho sino incrementar el problema y cerrar las salas por más tiempo.

El tema, como todos los conflictos laborales del mundo teatral, es complejo. Y lo es porque en el teatro, aparte del conflicto empresa-asalariado, existe un tercer personaje social directamente afectado: el destinatario. Con la particularidad, respecto de otros servicios públicos, que no es incomodidad ni perjuicio económico lo que simplemente acarrea su parálisis, sino un daño cultural. ¿A quién beneficiaría políticamente un conflicto que, por ejemplo, inmovilizara las editoriales?

El problema está en que existen dos órdenes de valores, que difícilmente pueden examinarse por separado: los que afectan a las relaciones económicas y los que atañen al carácter y proyección del espectáculo. No olvidemos, por poner un ejemplo ilustrativo, que uno de los argumen-

tos del conservadurismo político de Broadway para acabar con el incómodo teatro del off-Broadway ha sido exigir a los empresarios de sus pequeños salas el cumplimiento de las leyes sindicales, cuyas exigencias económicas pueden cumplir las grandes salas comerciales, pero no los pequeños y rebeldes teatros de ensayo. De hecho, una manera de agotar a nuestro teatro independiente ha sido exigirle el carnet sindical y obligarle a trabajar en salas reglamentadas.

¿Qué va a pasar con las justas reivindicaciones de maquinistas y acomodadores? Pues que se atenderán, tanto para responder adecuadamente al alza del coste de la vida como para eliminar un conflicto que no cabe mantener oculto. Pero ¿sobre quién repercutirán las subidas de salarios? Sin duda, no sobre los empresarios de local, sino sobre el público, sobre el precio de las localidades, y, por tanto, sobre el destino social de nuestro teatro.

En definitiva —y sería la conclusión del comentario—, estas huelgas, tan necesarias como respuesta inmediata al planteamiento capitalista —máximo en el caso de obreros como los que ahora se han rebelado, notoriamente mal pagados dentro del nivel salarial del teatro—, no hacen otra cosa que adaptar la estructura teatral a la nueva realidad económica de las clases acomodadas, sin rozar lo más mínimo las bases del sistema y el disfrute tradicionalmente clasista de la actividad escénica. El problema es de fondo y necesita otro tipo de soluciones. ■ JOSÉ MONLEÓN.